

cibir la pestilencia de ella, se me revolvió el estómago y volteaba la cara para mi derecha, diciendo : — Prudencia, señora, prudencia; parecemos los tres locos y locos de atar, déjeme alzar mi sombrero. Y con este pretexto me la quité de encima desprendiéndome de las dos. Tomé el sombrero, y con semblante serio le dije : ¿Ya escuchó, señora, cuál ha sido mi respuesta á la amante que adoro? ¿sólo a ella, á mi amada? Pero ahora debo de hablar con la misma franqueza á la mujer casada. Es una majadería creer que yo pueda jamás abrigar en mi pecho una pasión criminal, nunca atropellaré los derechos de un marido, ni menos corresponderé á la locura de una casada, que por torpeza se atreve á declararme que me ama, porque si eso fuera verdad, no trataría de arrastrarme consigo á los infiernos. — ¿Pero cómo el corazón es tan caprichoso, D. Pepe? me contestó, somos las pobres mujeres tan frágiles, ya ve vd. el amor se va á donde quiere, no á donde lo envían. — Es verdad, señora, así dicen y en mí lo siento, mi corazón es el capricho andando; pero también la voluntad le va á la rienda, contengo sus caprichos quedando mis sentidos expeditos, veo á quién, cómo y de qué manera me dirijo, mi amor es puro y santo y no estoy tan ciego que no sepa distinguir las cosas, ¿comprende vd., señora? no puedo hablar más claro, ser más franco. — ¡Ah! sí, me respondió echando un suspiro, ¡maldita la hora en que me casé! En un acceso de mi sensibilidad olvidé que traigo arrastrando una cadena, ¡gracias, D. Pepe, por sus consejos tan á tiempo! perdone mi desvarío; pero estoy conforme con saber que no es indiferente á mis sentimientos, prométame que con el tiempo se llegarán á entender nuestros corazones, y mientras, no me desprecie. — Le prometo á vd., señora, que no ha de dilatar mucho en que nos conozcamos bien, y que nos queramos tanto, cuanto lo exijan las circunstancias de cada cual, y sus hechos; obras son amores y no buenas razones. — Con esto me contento, Pepito, soy feliz, y no pierdo la esperanza de...

## CAPÍTULO IX

El secreto. — Celos. — Guerra á muerte. — La ganancia. — Los fingimientos. — El medio muerto. — El casamiento. — El Dedo de Dios.

En esto llegamos á la hacienda, la vieja se metió para la sala á saludar á otras nuevas visitas dándome un apretón en el brazo en señal de cariño, meneándose al andar con la cornadura gacha : Clarita me dijo al soltar mi brazo : Brínquese por el corral de los bueyes para el jardín, allí lo espero, luego luego, y partió. Á los cuatro minutos estábamos ocultos debajo de un emparrado, se me hincó repitiendo sus palabras, diciéndome : — Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, que me saque de las garras de estas fieras que me están devorando. La levanté, y estrechándola contra mi seno, me lo humedeció con sus lágrimas y prosiguió : — Hace muchos años, toda mi vida, que soy la víctima de Rufina, de mi pilmama; quiero hacer á vd. depositario de un gran secreto, de que ha dependido mi existencia, he tenido pendiente la vida de un hilo : hoy la Providencia te me envía., Dios ha escuchado mis fervientes oraciones, y condolidose de mi amarga situación : vd. me salvará, mi corazón me lo anuncia, llegará el día de la justicia, esos viles criminales no se saldrán con la suya, y su infame delito no quedará impune! Todos me tienen por loca, yo los mantengo en ese error, sólo así he podido conseguir algún descanso, á pesar de que en tan triste papel sirvo de diversión al mundo entero, soy la mofa, el escarnio, y por decirlo de una vez, el juguete de mis mismos enemigos. ¡Ese vil de mi padrastro, esa arpía de Rufina, ávidos de codicia, son ante mis ojos los entes más despreciables : todo lo sabrá, yo le contaré despacio sus infamias y le repito que por el amor de Dios no

me abandone! Entretanto comencemos por tratarnos como verdaderos amantes, rómpase el turrón. — Enjuga esas lágrimas, Angel mío. — Ya te dije, Clarita, que jamás te abandonaré, que mi corazón y vida te pertenecen, ya te declaré mi amor delante de esa maldecida vieja, y como ahora me insinúas algo del misterio que me imaginé, ya veremos cómo debemos conducirnos: sigue representando tu papel de loca para que nada sospechen, ya nos daremos traza para vernos sin testigos, pon en Dios tu entera confianza, descansa en su Divina Providencia, y con su grande favor procederemos: ya presenciaste la desvergüenza de esa Lechuza coqueta, y es tan bestia que no ha de haber comprendido el doble sentido de mis palabras: para que menos malicie nada, voy á ponerla en ascuas, voy á dirigirles atenciones á las muchachas; si se ofrece á singularizarme con alguna, la he de hacer rabiar. Escucha todo y medita lo que quieras que yo haga, pues estoy pronto á sacrificarte hasta la vida, pues tú sola eres, Clarita mía, la dueña absoluta de mi corazón. La abracé con más efusión, ella correspondió cariñosamente, enjugó su pálido rostro, que desde aquel instante se transformó, y me parecía encantador. — ¡Véte, me dijo, y que se haga la voluntad de Dios!

Me volví á brincar para el corral, y ella se puso á cortar flores. Apenas aparecí por la puerta del zaguán, cuando se me presentó la fiera que, no encontrándome con los demás concurrentes, me buscó por toda la casa con mucho empeño. — ¿Por dónde anda, buena alhaja? me dijo con tono chancero, ya me canso de buscarlo. — Yo le respondí con desenfado: Fui á darles un vistazo á mis caballos y á que les dieran pienso. — ¡Eso sí! yo me había figurado que nos dejaba solas: ande tantito, vamos á componer la mesa. Y tomándome un brazo, cual si fuera un chiquillo, me introdujo al comedor, preguntándome adónde estaba la loca, como para sorprenderme. — ¿Qué sé yo? respondí, más atención me merecen mis caballos que los locos: no faltó quien dijera que la había visto entrar al jardín corriendo. — Entonces, dijo la vieja con tono de burla, iría á ver á su Diabolo ó su Angel, se habrán dicho á la hora de esta mil requiebros y ambos estarán llenos de gozo. — Yo creo que sí, le res-

pondí, como ayudándole á bromear, se abrazarían con frenesí y estarán ya muy complacidos uno y otro, ¡quién tuviera la dicha de estar loco! con sólo imaginarse cualquier cosa, basta para que la crean realidad, y eso es una ventaja que no tenemos los cuerdos. — ¡De veras, D. Pepe! siendo así, yo también quisiera estar loca. — Para allá vamos, contesté: ¡paciencia! que nadie diga de esta agua no he de beber, porque en ella se ha de ahogar. Mandó á unas de las niñas para el jardín en busca de la loca, éstas le arrebataron sus flores y corrieron para dentro mofándose de ella: las fué siguiendo muy compungida, y al presentarse, le dijo la vieja: — Mira qué asoleada estás, no parece sino que tu Diabolo te ha dado de bofetadas. — Eso quisieran, respondió; pero puede que no pase mucho sin que se la cobijen al revés. Siguieron las otras también cargándole; y yo por evitar que la molestaran, llamé aparte á D<sup>a</sup> Rufina, diciéndole: Impida vd. que la provoquen y la molesten, no vaya á ser que fastidiada vaya á contar algo de lo que ha pasado, ha sido un escándalo el nuestro y no nos vaya á poner en un compromiso. — ¡Qué timidez, Pepito! aun cuando dijera algo, ¿quién le había de dar crédito á una loca? — Nunca está demás la precaución, le repliqué, conque regañe vd. á esas niñas, ¡basta! ¡que la dejen en paz! ¡eso es mucho moler! ¡una pesadez! — Voy á darle gusto; y no sólo las regañó, sino que les dió algunos manazos.

Quedó arreglado todo, salí á llamar á los señores mientras ella hacía lo mismo con las señoras; y como había más gente, me pasé para el lado de los hombres á Clarita, que coloqué á mi derecha, y á la hija más grande de D<sup>a</sup> Rufina, que al mismo tiempo era la más malcriada y regularcilla de cara, la senté á mi izquierda para impedir otra grosería como la que hizo en el almuerzo; y por no ser de las corregidas, la veía yo con intenciones de seguir haciendo sus chistosadas. Cuando empecé á servir platos, advertí que mi padre no estaba allí; y parándome precipitado iba á que le avisaran, cuando me estiró el amo de la chaqueta, diciendo: — ¿Adónde va? siga poniendo. — Voy á que venga mi padre, caballero, no lo veo por aquí. — Ahí comerá después, ¡quién sabe dónde andará! ese es mucho amor filial, D. Pepe, ¡no sea tan niño! — Efectivamente, señor, es

mucho amor; y como que es mi padre, sólo á mí me interesa. — Que vaya un criado á llamarlo, dijo la vieja entrometida, vd. nos hace falta, extrañamos su presencia; y se recalco en estas últimas palabras para halagar el amor propio de su marido: Oye, Zacarías, le dijo á uno de los sirvientes, anda busca á tío Marcelino, el caudillo, y dile de nuestra parte, que no comenzamos á comer hasta que él no llegue. El criado estaba distraído, no puso mayor cuidado, y preguntó: ¿Qué me mandaba vd., señorita? No le dejé repetir á la señorita su irónico mandato; pues desde que senté á su hija junto á mí se puso hecha un león y no hallaba cómo sonrojarme. — Que dice tu ama, le repliqué, que llames á comer al Sr. D. Casimiro López, á mi padre, y le hagas presente, que hasta que no venga su merced, no comemos: ya está dicho. Me senté muy serio y suspendí el poner platos.

D<sup>a</sup> Rufina conoció mi cólera, el agravio que me hizo secundando las ironías de su marido; y para enmendar la plana, se paró furiosa, murmurando: — ¡Son estos criados muy bestias! siga vd. sirviendo, D. Pepe, yo misma voy á llamar á su padre. El amo se mordía los labios de cólera, su esposa salió como un demonio de rabiosa, y yo seguí poniendo la sopa. Á poco rato volvió con mi padre, diciendo: — Ya venía, á pesar de que no le habían avisado. — Eso sí, dije, ¿no ve vd., señor padre, que el amo podía haber atribuido su falta á que se le desairaba su mesa? Siéntese en su lugar.

Cuando estaba yo ocupado en servir el puchero, advertí que mi inquieta vecina hizo una travesura á Clarita; y ya se disponía á repetirla, cuando le dije con disimulo: Estése quietecita, porque tengo que hablarle, no desvanezca mis doradas ilusiones. Ella se sorprendió por lo pronto, y luego me preguntó: — ¿Por qué me dice vd. eso, D. Pepe? — Porque todo mi plan viene á bajo: tenga vd. juicio y seremos venturosos: ahí hablaremos solitos: hágase disimulada, que su mamá la está mirando mucho. Se puso muy colorada y no volvió á intentar divertirse con la loca. La atendí con solicitud; cada rato la obligaba á tomar vino y le soltaba de cuando en cuando sus florecitas, que no eran mal recibidas: tanto hice, que la madre lo conoció y estaba celosísima de su hija. No más se rebullía en la silla amohinada,

y casi se quedó sin comer, echándome de cuando en cuando unos ojos que despedían fuego; yo me sonreía, y más se llenaba de furor. La comida acabó tardísimo, licores no escasearon, y á cual más ó menos, no dejaban de estar un poco trastornados; por lo que, de común acuerdo, se dispuso que el ganado sobrante se quedara para continuar al otro día la diversión; y entretanto venían unos músicos que yo mandé solicitar, las señoras se fueron al jardín y los señores en el mismo comedor se pusieron á divertirse á los albuces: yo pretexté ir á ver mis caballos, y me separé repentinamente. La madre me buscaba por un lado, la hija por otro, y una y otra querían disimular su interés; por fin fué la primera más necia y la segunda más caprichuda. Clarita estaba en observación y todo me lo contó. — ¿Qué buscas por aquí? le preguntó la madre después que se encontraron dos ó tres veces por varios sitios. — Yo nada, mamá, le respondió. — ¿Cómo nada, bribona? ya te vi estarte secreteando con D. Pepe, ¿qué te estuvo diciendo? — Nada, mamacita, nada. — Si no me confiesas la verdad, te pego. — Pues máteme vd., porque yo no sé nada. En vano apuré sus recursos: la muchacha se obstinó en no responder, y ya se trabó cierto capricho en una y otra; la hija en corresponderme, y la madre en impedirlo; y una y otra se espianaban sus movimientos sin separarse, demostrando su mal humor. Mientras Clarita se largó para nuestro emparrado, y me contó lo ocurrido, riéndose de la mejor gana, llegaron los músicos poco después de la oración, y comenzó el baile. Tomé por compañera á D<sup>a</sup> Rufina, sin darme por entendido de nada; pero advertía lo orgullosa que estaba de que no hubiera sacado á su hija, y ésta me veía como sentida.

Á la segunda pieza cambié los frenos: la nana quedó furiosa, la hija me sonreía hasta sin motivo, y al disimulo me dijo: — ¡Anduve buscando á vd. por el jardín esta tarde! — No me atreví, porque su mamá la espiaaba. — Y ¿para qué bailó vd. con ella? — Porque, como la ama de la casa, le tocaba por derecho. — Pues yo no entiendo de eso, ¡sólo ha de bailar vd. conmigo! — No puede ser, ¡mi vida! confirmaría sus sospechas; y adonde me diga alguna majadería, me largo y no vuelvo á pisar esta casa. — Pues entonces baile vd. con

todas, pero no con ella; porque si la vuelve á sacar me enoja. Acabó el vals, y obedecí á mi caprichosa pareja, causándole tal enfado á D<sup>a</sup> Rufina, que por vengarse de mí se arranchó con el tinterillo del juzgado para darme picones, y eso me dejó libre de sus exigencias. Salí al comedor á ver el jueguito, me tocó mi turno de echar el albur, saqué cosa de ocho pesos que llevaba en la bolsa y otros tres que mi padre tenía, se me hicieron dos cuartetas, y en un instante hice cosa de sesenta pesos: dejé la silla, senté en ella á mi padre y le dije: Diviértase su merced tantito, esto no me gusta, prefiero bailar. Y me volví para la sala dejándolo ya formando rueda.

La maldita vieja parecía mi sombra, no más me seguía: al atravesar una pieza intermedia me alcanzó, se agarró de mi brazo y me dijo: — Si más le agrada bailar, bailaremos, esquivo caballero. — No me confunda vd., señora, se ha equivocado, le contesté, retirando mi brazo bruscamente; yo no soy ese catrín que tanto la fascina. — ¿Pero qué es eso, D. Pepe, qué pronto olvida sus ofrecimientos? — Yo sé cumplir lo que digo, señora, no ha tardado mucho el desengaño, es vd. una loca, y loca de atar, nada hay de común entre nosotros; los hombres á divertirse, las veletas al campanario, lárguese y no acabe de fastidiarme. — ¿Qué quiere decir eso? me replicó, dándose por agraviada y hecha una furia; ¿vd. me declara la guerra, después que me ha provocado enamorándose á mi hija Chole? Todo lo he visto, no soy loca como se figura, se han secreteado cuando la paró vd. á bailar, ella se ha reído de mí, ha tenido en poco mi poder; guerra, D. Pepe, guerra á muerte, ya que vd. la busca; todo lo que tengo de extremosa para querer, lo soy para aborrecer. ¡Dios libre á vds. de mi furor! Y se metió para la sala hecha un demonio. — ¡Magnífico! me quedé diciendo para mí, esto cámina bien, la Cholita pagará el pato, no hay duda; pues para no comprometerla más me vuelvo al juego, y allá se las avengan; ya me quité de encima esa víbora ponzoñosa, ya no podrá sospechar de Clarita y no pude salir mejor librado de las garras de esa tarasca.

Me acerqué á mi padre, y mirando que no pasaba de lo que le dejé, les dije: — Señores, si á vds. les parece, pondremos burlote, gánenme este pico, yo las tejo. — ¡Sí, sí, contestaron,

burlote! ¡póngalo, D. Pepe! Me puse enfrente de mi padre, y empecé á echarles albur y gallo; admitía algunos tecolotes, todos menos, parejitas, pares y nones, cuanto me ofrecían; estuvieron de malas, y en dos por tres los recogí. Empecé á abrir caja, el amo se picó, mandó traer dinero dos ó tres veces, y el resultado fué que á las doce de la noche tenía yo ochocientos y pico de pesos en dinero y cuatrocientos en cajas. Los bailadores se fastidieron y vinieron á última hora á largar también sus medicitos; ¡hasta la D<sup>a</sup> Rufina sumió lo del gasto diario y varios escuditos que tenía escondidos! me dió el sol de cara y eché recogida general. Le dejé á guardar á D. Luciano quinientos pesos, y el resto que era oro, después de darles á las niñas su harato de á escudito: en un descuido se lo dí á Clarita para que lo depositara, retirándome con mi padre, después de cenar, á la una de la madrugada. — ¿Quieres decirme, José, me dijo mi padre cuando ya estuvimos en el rancho, por qué te propusiste mortificarme todo el día, obligándome á entrar en juego? ¿No te he dicho muchas veces que huyo de la sociedad, que sólo quiero vivir ignorado y terminar mis días apartado de todo el mundo? Le conté lo ocurrido desde nuestra llegada á la hacienda sin excusarle nada, y el propósito que me había hecho de proteger á Clarita y hacerla mi esposa; porque verdaderamente estaba apasionado por ella. — Es necesario mucha prudencia, José, me contestó, la cosa no es tan fácil, el enemigo es poderoso, la señora ésa es temible, puede hacerte mucho mal el enojo en que la dejaste; yo te ayudaré en cuanto pueda, ya la suerte se mostró favorable, pues cuentas con ochocientos pesos en bolsa, es preciso ponerlos en salvo, porque es regular que traten de recogerlos; echémonos en brazos de la Providencia, y ella nos irá marcando el camino que debemos seguir.

Al otro día, estirando mis otros dos caballos, me presenté en la hacienda. El amo se me manifestó muy afable, y á más de los concurrentes del día anterior, estaban otros recién llegados, absolutamente extraños para mí. Después de algunas conversaciones indiferentes se habló del juego, ponderando mi buena suerte; y dirigiéndoseme el amo, me dijo: — Ahora nos pondrá vd. el monte, ¿no, D. Pepe? ¿ó es tan apegado al dinero que

ya le dió sepultura? nos tiene picaditos, y creo que no se irá de profundis. — No tengo inconveniente, le contesté, á pesar de que es tan corto el capital, que en dos por tres me tapan el monte. — ¿O quién sabe, replicó, si nos volverá á despellejar, porque de veras que es afortunado en el juego, y entonces será desgraciado en amores? — No tengo experiencia todavía, y podré asegurarle que jamás he jugado formalmente hasta anoche; y como aún quiero ponerles el monte, no sé cuál será el resultado respecto de mi suerte en el juego. — ¿Y de amores, amiguito, qué tal? — Tampoco tengo experiencia; mi gusto se ha limitado á tener uno que otro caballito regular y á vestirme lo mejor posible. — Ahora que dice de caballos, amigo D. Pepe, dígame: ¿piensa deshacerse de sus cuatatanes? Porque este señor, y me señaló á uno de los recién llegados, creo que le ha gustado el Pito real, un colorado sangre linda muy bonito. — A ése le apesta la boca, le contesté. — ¿Pues cuánto baila? — El que quiera pesarle en el lomo y meterle las espuelas como dueño, me ha de dar al chaz, chaz, cuatrocientos pesos. — ¿Pues qué sabe leer y escribir? — Poco le falta, y entre los de su clase no me lo emplan. — ¿Qué no nos hiciera el favor, caballero, me dijo el forastero, de que lo veamos ensillado, porque de la vista nace el amor? — Es cosa muy fácil complacerlo, señor mío, voy á echarle mi cacaxtle. Y me salí á ensillar: todos los más se fueron tras de mí, y á su presencia le eché la silla. Lo apreté, lo manoseé por todas partes, me monté, se los bullí á la corta y á la larga, lo acometé á la cerca y la salvé de ida y vuelta con mucha limpieza: en fin, les pregunté: ¿Qué más quieren que haga en este caballo? — Veremos qué tal se pega al ganado, dijo el amo, que picaba de inteligente, que le echen ahí un toro de los apartados. Nos fuimos para el carril y los complacé; pues en menos de treinta varas pepené el rabo y pasé, dando una caída de primera. Tanto le gustó al subprefecto, que por tal de que el amo no se quedara con el caballo, me dijo: — ¡Cuatrocientos veinte pesos por ese cuaco y no digo quién me lo vendió! — El extraño le hizo una seña al amo, y éste gritó: — ¡Cuatrocientos cincuenta! — ¡Sesenta! replicó el primero. — ¡Setenta! le contestó el segundo. Y así lo pujaron, hasta que definitivamente el sub-



Violento matrimonio.

perfecto llegó á quinientos pesos, que mandó traer de su casa, diciendo con orgullo que los trajeran en oro.

Al ver al amo disgustado porque no se quedó con el Pito real, le dije : — Si su amigo de vd. tiene empeño en un buen caballo, le enseñaremos al Gavilán (un tordillo melado con que remudé el del día anterior), que aunque no es tan bonito ni tan ancho, no se queda muy atrás. Se los paseé también, lo montó el interesado, y después de mil experiencias, me preguntó : — ¿ Cuánto quiere vd. por éste? — Trescientos cincuenta pesos ; pero también lo pongo á pública subasta, y se quedará con él el que más puje. — ¡ Cinco más ! dijo un comerciante del pueblo que le gustó. ¡ Diez ! respondió el amo. Y para no cansarte, también lo vendí en cuatrocientos pesos en oro, pues nadie ganaba al tal amo á vanidoso : ya no me quedaba más que un rosillo flor de durazno, que aunque no era de la ley de los otros, tenía bonita estampa y era más nuevo, el cual lo vendí en trescientos pesos, y en dos por tres me tienen á pie, sin más avió que un grullito que me estaba acabando de arrendar mi padre. No se pasó una hora sin que me encontrara con dos mil pesos largos disponibles, y empecé á cavilar la manera de asegurarlos bien. No faltó pretexto con que pedirle á D. Luciano mi depósito, y al entregármelo me dijo : — ¡ No sabe cuánto cuidado me quita con llevarse su dinero, porque el sujeto ése que se quedó con el Gavilán me parece pollo de cuenta : temía que en un descuido abrieran la alacena y me pusieran en un aprieto : sáquelo con precaución y mire bien dónde lo pone. Lo saqué sin que nadie lo advirtiera y se lo di á guardar á tío Marcelino, así como el oro y demás picos que me pagaron de la caja que di en la noche anterior, lo tenía repartido en todas mis bolsas, y trataba de dárselo á mi padre. Al salir en su busca, sentí un golpe en mi sombrero, causado por un hueso de capulín : volví la cara y vi á Clarita dirigirse para el jardín muy aprisa y hacerme seña de que me brincara por el corral.

Partí sin demora, y al vernos solos me dijo muy llena de cuidado : — Mira, Pepe, cómo te libras de la trampa que te han puesto. Mi padastro, picado porque anoche perdió, está de acuerdo con el que quería comprar el Pito real para ganarte todo. — Pero ¿ cómo los sabes, Clarita, de dónde su pones tal cosa? — No es

suposición, porque yo he visto todo el enredo; en él está también de acuerdo Rufina y otro que anda ahí de la barba güera. Todos se encerraron en la recámara, donde, como de costumbre, estaba yo arrinconada; y como no les causó temor, á mi presencia estuvieron señalando una baraja según les pareció, y cuando acabaron exclamó mi padrastro muy satisfecho: ¡Ahora me las va á pagar ese orgulloso contrabandista! Mi empeño en que vendiera sus caballos, fué para que tuviéramos tras qué caer; es de á tiro pichoncito, no sabe ni aun barajar: el viejo es muy torpe, y yo le aseguro que ni los huesitos le truenan. — ¿Pero estás seguro, advirtió Rufina, de que ponga el monte? — Respecto de eso no hay cuidado, porque en presencia de todos se comprometió; ahora lo que interesa, prosiguió diciendo mi padrastro, es que nada malicie, todos trátenlo bien, y principalmente tú, Rufina, que tanto aprecio como le mostraste en el día, fué de indiferencia por la noche. — ¡Con razón! respondió muy colérica, ¿cómo me ha de gustar que me ande enamorando á Cholita, y ésta ensoberbecida se me insurreccione? ¡Es un pícaro el tal D. Pepe de siete suelas, y tan audaz, que al reconvenirle su mal proceder, me ha dicho que soy una veleta y quién sabe cuántos insultos más! ¡Como tú de que te pones á jugar no haces caso de nada, no me pareció conveniente decirte anoche! Con eso, quiera que no quiera, tengo que manifestarme ofendida, cuidar á mi hija y no separarme de ella, para que no se burlen de mí. — Pues por ahora prescinde de todas esas cosas, le previno su marido, nada le ha de suceder á esa niña con que le platique ó le haga uno que otro carinito, el caso es manifestársele complaciente, para que no vaya á maliciar algo, procura darle una satisfacción y engolosinarlo con Chole, que ya nos la va á pagar todas juntas, y tendrá que marcharse por ahí con cajas destempladas á pie y andando, si no es que lo dejamos hasta sin camisa, echando de ribete sus buenos puros orizabeños: conque obra con sagacidad y no vayas con una torpeza á desbaratar nuestros concertados planes. Todos se retiraron, y yo con disimulo me vine para avisarte que pongas tu dinero en salvo, suplicándote que por vida de lo que más estimas no admitas jugar, aunque te comprometan. — Te agradezco, vida mía, tu cuidado; y para tranquilizarte, toma, reúne este dinero con el que te di anoche, no me

quedan más que quinientos pesos en plata que le di á guardar á tío Marcelino; y como eso es lo que nos ha de servir para nuestros planes y las armas con que hemos de atacar y defendernos, primero me sacarán un ojo que quitarme un peso. Para no verme en el caso de ponerles el monte, ya tengo meditada mi excusa, voy á fingir una desgracia, á que me dé un golpe el caballo, me hago el mortecino y no vuelvo en mí hasta mañana, ó cuando se me antoje, pues mi objeto es quitarme el lazo sin que ellos crean que fué pretexto; de manera, que si yo voy á echar de ribete media docena de puros, ellos van á perder hasta su marcada de baraja y unos carinitos que le voy á hacer á la malcriada Cholita delante de su señora madre, para que solita se muera de rabia: conque ya estás advertida, no te asustes; sólo tú y mi padre estarán en el secreto, esconde este dinerito y deja rodar la bola, que Dios nos auxiliará. Se fué á guardar el dinero, me brindé para el corral y todo quedó arreglado. Dieron la voz de ¡almorzar! y yo, como el día anterior, me puse muy contento á servir á todos, sin olvidarme de mi padre, D<sup>a</sup> Rufina me empezó á guiñar los ojos y sonreirme con estudiada coquetería, yo la obsequié con finura; la Cholita se me enjoscó, y un carinito en un carrillo casi en los bigotes de la vieja, que se hizo disimulada, bastó para contentarla; el amo aparentó mucha jovialidad, los demás me manifestaban su cordial estimación; en fin, todos nos reíamos con buen humor y fué el momento de los fingimientos. El amo me fingía sus atenciones, los demás su amistad; la vieja me fingía su amor, su hija se fingía esquiva; Clarita fingía su locura, y yo á todos les fingía que era un guaje propio para tomar agua. De ahí es, que todos se reían de mí y yo de todos. Pero suspenderemos tantito mi relación, déjame observar la encreujada, no vaya á ser que nos traten de sorprender los mañosos de este rumbo.

Pepe se adelantó cosa de cien varas silbando el soncito del Canelo, llegó al sitio indicado, descargó una pistola, y luego silbó muy recio, de una manera particular; se le reunió Astucia, preguntándole: — ¿Qué hay? — Que no me engañé, si no me adelantó y doy el santo, nos meriendan: mira ese cacho de puro ahí ardiendo, voy á llamarlos para hacerles su prevención. Repitió el silbido fuerte dos veces, y á poco rato se oyó el galope de

caballos que venían presurosos : se acercaron tres enjorrogados, y quitándose los sombreros, uno de ellos dijo con tono sumiso : — Vd. mande, señor amo. — ¿ Adónde está el Ratón? — Señor, está de baja por enfermo. — ¿ Y quién les ha dicho á vds. que han de venir á sanjuanear por estos rumbos? ¿ no les tenemos prevenido que no nos interrumpan el paso? — Señor, nosotros no sabíamos que sus mercedes vendrían por este camino, ¡ como siempre transitan más arriba! — Los charros Hermanos de la Hoja transitamos por donde se nos da la gana. — Poreso, señor, en cuanto oímos el santo y seña, nos retiramos. — ¡ Corrientes! Avisenle al Ratón que se cuide, porque si faltan á lo que se les ha prevenido, han de hacer unos colgados muy feos : lárguense. — Con permiso de vds., respondió aquel hombre muy curtido, y se emboscaron tomando la cuesta arriba. — Ve tomando lecciones, hermano, ¿ ya ves el miedo que nos tienen estos gandules? á este parajito, lo llaman Tres caminos, y dista como dos leguas del camino que llevamos nosotros con las mulas; conque ahora podemos seguir sin cuidado el relato que suspendí.

— Pues, señor, como te iba diciendo, todos reíamos de todos, y cada cual solo sabía la causa : cuando nos paramos de la mesa quiso la vieja apropiarse de mi brazo, la hija le conoció la intención, le ganó la delantera y se me afianzó diciendo : — Vamos, vamos. Me hice sordo y esperé á D<sup>a</sup> Rufina que, como no se aguardaba eso, aplacó su cólera y quedó muy satisfecha; las fui á dejar al tablado y en el tránsito me dió mi piquete, ponderando mi buena suerte y animándome á que pusiera el monte, agregando : — Esos señores amigos de mi esposo que ha visto vd. son unos rancheros abajeños muy ricos, y yo no sé por qué me avisa el corazón que poniendo vd. la partida se va hacer poderoso, son payotes y se los mete vd. debajo del brazo. — En cuanto á eso, señora, yo no soy avispa, jamás he jugado sino por gusto y sin aventurar gran cosa : ayer con diez ó doce pesos hice ochocientos, ese es el azar; hoy, para asegurarme mejor, voy á ponerles un tompeate que tengo por ahí guardado, y mas que me quede á pie lo he de rifar : casi tengo por cierto que no se han de chispar la espina así no más, á mí no me engendraron en el año del hambre, ni le tengo apego al dinero. — Yo lo que siento es, dijo Cholita, que por ponerse á jugar no baila-

mos. — Para todo hay lugar, contesté, dejo á mi padre en la partida y yo me voy á la sala. — No tendrá vd. ese gusto, respondió la vieja, porque los músicos no dilatan en irse; sólo se ajustaron para anoche, y se han estado haciendo remolones para ver si los contrataban para hoy. — Entonces bailaremos, Cholita, voy á pagarlos por mi cuenta y que nos toquen desde ahora, espérenme un momento ó váyanse andando. Las dejé solas y corrí á buscarlos volviendo con ellos habilitados de sus instrumentos : cuando llegué estaban madre é hija en una acalorada disputa. — ¿ Para qué has obligado á ese hombre á que baile y gaste su dinero en los músicos? decía la madre. — Y vd., le respondió la hija, ¿ para qué lo ha comprometido á que juegue y que aventure su dinero? — Yo sé por qué lo hago. — ¡ Y yo también! — Pues yo le diré que no baile. — ¡ Y yo le pediré que no juegue! — ¿ Veremos quién gana? — ¡ Lo veremos! — Yo corté el diálogo que escuché subiendo aprisa á acomodar á los músicos, y la presencia de éstos impidió que la cuestión pasara adelante.

Como los caballos que tenía útiles los había vendido, le pedí á mi padre el grullo que tenía ensillado. — No te sirve este caballo, José, me dijo, es muy cosquilloso, todavía no coge bien el freno y se te puede ir ó dar por ahí un trapiés. — Para lo que lo necesito está inmejorable, le contesté. — Pues le pondremos tu silla, yo estribeo muy corto. — No, señor, déjemelo así, porque ésa está buena para resistir patadas y que la haga pedazos este animalito. Le descubrí mi plan para que no tuviera cuidado y también hiciera su papel. Como el día anterior, me tocó en segunda cuadrilla, pero acompañado de los amigos charros que iban en los caballos que vendí : al instante de partir, observé que un airón que se había levantado hacía que la polvareda de los que corrían impidiera ver qué tal quedaban, y no pude menos que exclamar : — ¡ Gracias, Providencia divina, tú me ayudas! Nos echaron nuestro toro, todos partimos como un rayo, á mete mano, quise enderezar mi caballo con sólo la rienda, á tiempo de balnearme, y me pegué un cabezazo tan bien dado en las narices que me hizo ver estrellitas, sacándome el chocolate. Cuando me desataranté del golpe, me encontré envuelto en una nube de polvo, mis compañeros me dejaron á media carrera, y aprove-



chando el instante tan favorable, me apeé violentamente, aflojé el cincho, le volteé la silla al caballo para la barriga, lo dirigí para la hacienda, y pegándole un cuerazo, partió echando patadas como un demonio; yo me tiré bocabajo untándome la sangre de las narices por toda la cara, dando gracias á Dios porque sin ningún riesgo todo me había salido á pedir de boca.

Cuando se desapareció la polvareda, venían mis compañeros poco á poco por el extremo del carril, mi caballo pasó como exhalación frente al tablado, acabando de hacer pedazos la silla, testeario al primero que lo quiso atajar, y no parando en la hacienda tomó todo el llano; yo fui apareciendo tendido de largo á largo en la mitad del corredero, lleno de sangre y tierra: cuando todos los de á caballo arrancaron á verme, me echaron encima dos ó tres zarapes, unos me querían enderezar, otros dar una arrastrada á cabeza de silla para desatarantarme, quién me estira una pierna, otro un brazo; en fin, cada cual disponía lo que le parecía; y si no hubiera sido por mi padre, que se sentó en el suelo, me tomó en sus brazos, y acomodó sobre sus piernas, me descuartizan vivo entre todos: también los del tablado llegaron presurosos, el señor cura me tomó el pulso, y al descubrirme la cabeza y verme con aquella careta tan horrorosa, luego luego mandó uno de á caballo que fuera á escape por el santo óleo, otro arrancó en solicitud de un médico mandado por el amo, y abrigándome más me condujeron para la hacienda en otros jorongos, entre cuatro ó seis comedidos. Luego que la vieja me vió, hizo una exclamación de espanto, y Cholita otra de susto: Qué desgracia, decía apretándose las manos, y la madre exclamó: ¡Jesús! ¡Jesús! está el hombre horroroso, vámonos, vámonos, yo no soy para ver esto, y obligándola á que se retirara la hizo cogerse de un brazo del huizachero y tomó el otro diciendo: Me alegro de esta ocurrencia porque ya no bailarás con ese bestia que se ha medio matado por guaje. Picada su hija le contestó: — Ni vd. tampoco jugará. — Dios te ha castigado por rebelde, por cabezuda. Y volvió á encenderse la disputa que paró en que le dió á la pobre muchacha sus manazos y estuviera hecha un demonio contra mí, de manera, que cuando llegaron conmigo no quiso facilitar una cama para que me pusieran, pretextando que la pondría hecha un asco y que no tenía valor para habitar

donde estuviera un matado, por lo que me anduvieron trayendo de pieza en pieza, y ya me iban á llevar para la vivienda de D. Luciano, cuando advirtiendo que Clarita, cerrando su pieza, hizo una demostración de repugnancia al verme, sólo por mortificarla dijo: Pongan á ese hombre en ese cuarto; ahí está esa cama que aunque la empuerque nada se pierde. Entonces alzó los hombros como negándose conociendo el espíritu de la vieja; ésta insistió en que allí me colocaran, fingió querer salirse violentamente, pero la tomó de un brazo, le dió un empujón para adentro y llena de ira le dijo: Aquí te has de estar, voluntariosa: yo te de de enseñar á que me obedezcas, si miro que te separas, te daré muchos manazos. Ahí, ahí te has de quedar aunque te lleve el diablo, y se salió para afuera.

Clarita se sonrió, y con un semblante alegre se sentó en su baulito que estaba cerca del rincón, mostrándose á todo indiferente. Llegó el de los santos óleos y el médico casi á un mismo tiempo, tras de él volvieron á entrar la vieja y demás comparsa, me estuvo el Sr. Cura oleando, y yo como si estuviera privado de todo conocimiento dejándome voltear sin hacer demostración ninguna, suspendiendo hasta el resuello; cuando ejecutaban esta operación, estaban las muchachas y vieja mofándose de Clarita con mil boberas. Una le decía: Qué chulo está tu Diablo, vas á ser muy dichosa. Es buen mozo: mira qué linda cara, y así mil simplezas á que ayudaba la vieja. El Cura, mirando aquella jácara que armaban, le dijo con tono serio:

— Señora, vaya vd. con esas niñas á la sala, y mejor que burla, pónganse á rezar por este hombre que tal vez está entregando el alma á su Criador. La vieja se puso negra de cólera y se salió seguida de aquella parvada de cócoras, Clarita iba á seguirla, y deteniéndola le dijo: Ya te mandé que ahí te estés, cabezuda, y ojalá que de veras te lleve el Diablo en cuerpo y alma, indina. Y se volvió á meter mucho más gozosa, á colocarse en una silla por los pies de mi cama.

Después que acabó el señor cura su ceremonia, siguió el médico, me pulsó, me alzó los párpados, giró la cabeza, puso el oído en mi pecho, y después de otras mil experiencias dijo con tono sentencioso: ¡Debe morir! y yo decía para mí: Eres muy